

Relatos de un salvaje de ciudad sobre los goces poderosos de la civilización *murui-muinane*

Omar Rincón

Descripciones desde la lejanía casi turística construidas en un viaje a La Chorrera, Agosto 1 al 10, 2015. Poca profundidad, mucha levedad.

La Chorrera queda donde nace el mundo sobre el río Igará Paraná. Y es Amazonía. Y es Colombia. Y solo se puede llegar por avión de Satena o alguna aerolínea de un solo avión, aviones que unen a los territorios olvidados. 2 horas de vuelo desde Leticia. La ventaja es que es un viaje muy lindo, abajo solo se ve el río que viaja como serpiente y la naturaleza que se empecina en seguir siendo sabiduría. Al llegar al caserío-aeropuerto uno siente como una emoción “salvaje” de llegar al fin del mundo y, también, un dolor “civilizado” del abandono de Estado. Hay gente esperando familiares, hay muchos curiosos, está el ejército intentando hacer patria y guardias indígenas ejerciendo sus propios modos de ser en el mundo. Todos salimos por el camino con la maleta al hombro en busca del río y para dejarnos habitar por el comienzo del mundo.

[1] Lo que hay en el nombre Uitoto

Hemos llegado a territorio Uitoto. Wikipedia, o la pereza de los periodistas, cuenta que “los **huitoto**, **witoto**, **güitoto** o **murui-muinane** son una etnia o pueblo indígena de la Amazonía colombiana y peruana, cuyo territorio originario se encontraba en la parte media del río Caquetá y sus afluentes, y la zona selvática que va hasta el río Putumayo. Hablan una lengua de la familia bora-witoto.

A los indígenas sobrevivientes, no les gusta que les llamen uitotos porque dicen que ese nombre se lo pusieron los de afuera, unos franceses, y que nos les gusta porque no les pertenece y además significa “los que comen carne”, una manera de llamarlos canibales. Ellos se quieren llamar de la comunidad murui-muinane que significa territorio o pueblo que habita en el río Igará Paraná.

Los **murui-muinane** consideran a La Chorrera como su lugar de origen y se les llama los hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce. Los uitotos, mejor los murui-muinane, no son uno, sino tres, y cada uno con dialecto. Los Minika (meneca), los Nipode (muinane: gente del oriente) y los Bue o Mica (murui: gente del occidente). Su historia es la tragedia porque fueron centro de las Casa Arana o Peruvian Amazon Company que desde 1903 explota el caucho y comete un genocidio con la comunidad. La verdad es que no tienen mucho para querer al hombre blanco.

He llegado a la vereda Milán, municipio La Chorrera, río Igará Paraná, departamento del Amazonas. Juan y su familia pertenecen a los Minika. Ellos nos van a alojar en su casa. Mientras esperamos que cargue gasolina para la lanchita, veo que los niños juegan a subirse a los árboles y van hasta lo más alto y se lanzan al río. Un deporte extremo hecho con la gracia de los que se saben parte de ese río. Los niños juegan como niños.

[2] A donde no llega el Estado, si lo hace el negocio del entretenimiento

Cuando el salvaje urbano va en busca de la sabiduría ancestral, molesta ver tantas presencias del mercado. Uno llega en busca de lo espiritual, exótico, nativo y ancestral, y se encuentra con antenitas de Directv, mucho celular y latas de cerveza por toda parte. Tres drogas civilizadas para hacer terrorismo contra los saberes y modos de vida ancestrales. Directv marca lo divertido, el celular los conecta y el alcohol los embrutece.

[3] Y si el Estado llega, arma la bronca

De buenas intenciones están llenas las políticas públicas de los civilizados. Colombia tiene muchas políticas públicas culturales. Mincultura llenó un libro de casi mil páginas. Y hay orgullo de patria. Una de ellas se llama el plan de conservación de rituales y memorias a través de las Malokas. La idea suena bonita: para que no se pierda la arquitectura, espiritualidad y ritualidad que condensa la Maloka como casa de los saberes ancestrales, se promueve que las comunidades indígenas construyan y ritualicen. Se apoya con dinero la construcción de la Maloka y se da dinero para que se hagan rituales ancestrales. Esta bonita idea, ha llevado a inflacionar la construcción de malokas y los rituales, se hace muchas que no se requieren y se producen muchos rituales que pierden la conexión con la identidad. Todo por la plata. Se ha encontrado una manera nueva de subsistencia, de ganarse el pan y la cerveza con el sudor de los expertos del Ministerio de Cultura de Colombia.

[4] Conversar

Habitar una casa de esta comunidad de La Chorrera es estar tranquilo. María se levanta antes que el sol se insinúe y cocina. Juan nos durmió a todos y se quedó mambeando, parece que no durmiera. Dalai el niño si durmió y vió la tele. Sus hermanas juegan y juegan. El tío se fue de caza a las 9 de la noche y regresó como a las tres de la mañana, y no cazó nada. No importa, se va a la selva, se queda quieto y se dedica a oír la naturaleza. Ya en el día, Juan sale de vez en cuando a por ahí. María prepara y prepara casabe. Todo es tranquilo. No hay afán. La vida fluye. La naturaleza habla. Los hombres mambean y conversan. Las mujeres cocinan y conversan. Los niños juegan y conversan. Toda una cultura de la conversadera.

Se practica el uitoñol. Este es el resultado de que son lenguas rotas producto de la historia de barbarie que le impuso la civilización. Una lengua reducida en vocabulario pero rica en historias. Los más grandes practican el Minika, la lengua propia.

De pronto, llega un vecino o tío o familiar. Hay saludo. Y dice el recién llegado “vengo a conversar”. Yo, el civilizado, me asusto. Pienso, “aquí hay lío”. No se ve tensión en el ambiente. Juan le dice siga, le ofrece polvo de hoja de coca y miel para mambea, se sientan, y comienzan a conversar en su lengua. No había tensión, no había drama, solo que conversar es pasarla bien: se mambea coca y se palabrea la palabra. El dueño de casa es el editor de la conversación y quien más habla, el que llega o no es de la casa, escucha.

El mambea la hoja de coca es clave para lograr mejores conversaciones y reflexiones porque agudiza los sentidos y hace fluir las palabras. Se conversa de la cultura propia, de lo que va sucediendo, se planea lo que se va a hacer. Normalmente se mambea en las noches para planear el siguiente día. La consideran un alimento para el espíritu.

Los **murui-muinane** son los hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce. El tabaco y la coca es cosa de hombres. La yuca de mujeres.

Se mambear. La coca está en polvo. Prepararla es largo, se tuesta en una vasija grande, muy grande. Se le va quitando lo que no sirve. Una vez tostada, se pone en una bolsa y se tritura. En la bolsa se le va limpiando de suciedades. Y finalmente se tuestan hojas de yarumo y se le mezcla a la coca. El proceso se llama tostarla, pilarla, cernirla, mezclarla con cenizas de yarumo. Un proceso que puede durar 2 horas. Y se hace todos los días: es la actividad preferida de los hombres. Pero en los Minika no se mambear sin la miel de Tabaco, recuerde que son los hijos del tabaco, sin miel no se siente completo. Y preparar la miel, también toma un proceso largo. Los hombres se la pasan preparando la coca y la miel para mambear, las mujeres la yuca para producir el casabe. Son los hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce. La hoja de coca viene de las montañas, el tabaco viene de la selva, el yarumo es la ceniza que hace que suelte el alcaloide y le da dulzura. Los hombres usan el tabaco y la coca para conectarse con la identidad y conversar la comunidad y la vida. La sabiduría viene de la naturaleza, pero sin palabra no hay sabiduría, por eso con la coca, el tabaco y el yarumo llega. La coca es la planta que te acompaña y está contigo.

Mambear sirve para: meditar y activar el pensamiento; para escuchar a la naturaleza porque agudiza la percepción; para mirar hacia fuera y hacia adentro; para encontrar sentido a lo complejo; para planear; para cantar; para conversar; para pensar los problemas.

Las mujeres no pueden mambear, luego no necesitan la coca ni el tabaco, para ellas es la yuca.

Las mujeres se encargan de la yuca. Y les toma mucho del día hacer el casabe. El proceso consiste en dominar a la yuca, quitarle el veneno, exprimirla hasta que queda masa y luego ponerla en la paila para que se tueste como si fuera una gran pizza. Se pone en una canasta y se come con todo. Nunca puede faltar la yuca. La acompaña pescados si pueden pescar, algún animal que se haya cazado, y si no hay más, con casabe se tiene.

Las mujeres no pueden mambear porque son “débiles de mente”, dicen que son débiles porque no se concentran y se aburren de escuchar tanta palabra y no hacer nada. Ellas oyen de lejitos, no intervienen ni mambear, su poder está en educar a sus hijos (y en lo privado hablarle y decir lo que piensan a sus hombres). A los niños, cuando los baña, o van a la chacra, o están jugando cerca de ellas, las mujeres le cuentan historias y forman a sus hijos. Todo se transmite con ternura y en pura oralidad.

Las mujeres conversan entre ellas, los niños juegan, los hombres mambear, algo de chacra y de caza. Mujeres, niños y hombres son el tiempo, no hacen ocio, practican la vida de estar ahí en el centro del universo: la Selva. “Ella, la selva, si la conoces te da todo”, dicen.

[5] Pasarla bien.

Ever, el hermano de Juan, tuesta la hoja de coca. Alvaro, el primo, preparaba pintura natural para que las hijas de Juan se pinten el pelo y el cuerpo. Juan arregla el motor de la canoa. María, la mujer de Juan, teje en una vieja máquina de coser Singer. Los niños juegan al río. Las niñas adolescentes estudian para el colegio, allí viven internadas, hoy vinieron de visita. Veo la tarea y hacen biografías de Esquilo, Eurípides, Copérnico, Galileo, Descartes. Occidente con toda. El sol nos tostaba a todos. Era un 7 de agosto del 2015.

Pasa una nube. Lluve. Juan dice que él se puede conectar mentalmente y sin celular, y ríe. Sopla la lluvia y la hacer cambiar de rumbo, y ríe. La verdad funcionó lo de la nube.

Más tarde surge el amor de familia. Y se sacan los piojos. Madre a hija, hija a madre, hermana a hermano.

Al final del día todos juegan y ríen. Unos van a nadar al río, casi siempre los niños y sus madres; los adultos hombres juegan fútbol; las madres van a la cocina a preparar lo que viene para la noche. Todos juegan, ríen, conversan. Y no solo es al final del día, sino todo el día. Se ríen cuando ven televisión y ven los comerciales de cremas y menjures para mujeres, se ríen de nosotros los extraños, se ríen entre ellos, se ríen de la naturaleza, se ríen de cómo los blancos quieren ser indígenas, se ríen de los blancos y sus extrañas costumbres de higiene y sociedad.

Ven televisión. Solo por mirar. Se entiende poco de la selva de ciudad. Se ríen de la cantidad de cosas que se venden en ese mundo de ciudad, de cosas innecesarias. Y viendo televisión, Juan afirma: “no vamos a ser como los blancos porque *no nos queda*, somos como somos”. Y concluye, “no soy mi pinta, soy lo que llevo adentro”

La radio solo entra de 9 o 10 de la noche y hasta las 5 de la mañana. El horario estelar es a las 3 de la mañana, hora en que María se despierta. Las radios llegan de Bogotá. No hay estaciones cercanas que entren. La ficción de ser colombianos apenas se pega con televisión y radio.

Y vamos a la chacra, y vamos todos, y todos cogemos hoja de coca, y todos conversamos, y todos reímos.

[6] Se canta mucho. Se baila poco.

Se canta lo propio. Se canta lo que conecta con la naturaleza. Se canta para descansar la mente después de estar en conexión con la naturaleza, o trabajando la chacra, o palabreando la vida. Se canta para preparar la hoja de coca para que se convierta en mambe, se canta y se prepara y se mambea y se conversa. Se canta para culminar el trabajo de la mente. Se canta para encontrarse con la naturaleza. Y cada canto es una creación única, con una historia y para un uso específico. Todo tiene su ritual, su tiempo, su momento... hasta las canciones.

Se baila poco. Un baile debe ser preparado con mucha anticipación, hasta 3 años. Y se hace por un motivo. Nunca se baila por bailar.

Cantar, bailar y reír se acompaña de chicha. Y como son los hijos de la yuca, pues la chica, también, es de yuca y se puede acompañar con el sabor que se quiera: piña, panela, caranguche, mil pesos.

[7] A la selva se le saca el sabor.

A la selva se va a perderse para conocerla. Se va a cazar: se sale tipo 9 de la noche y se regresa a las 5 de la mañana. Esta gente duerme poco. Si no cazó, nada pasa, ya vendrá otro día. El hermano de Juan salió el lunes y no cazó, salió el martes y tampoco, el miércoles la suerte no quiso, el jueves finalmente lo logró. Paciencia larga. A la selva también se le saca cultivos en las chacras. A la selva se le saca el sabor especial de cada planta y para qué sirve. Juan las conoce todas y sabe para qué es cada una, un genio de selva. Y

a la selva, también, se va a sacarle besos, caricias, cuerpos y sexo. Los besos en público no pueden ser, son algo que queda para la intimidad de la selva. A la selva fuimos a ver el río de color achiote, un río donde para bañarse había que pedirle permiso. Su belleza era alucinante. La vida color achiote, agua transparente, naturaleza imponente. A la selva también se va a mojarse, y llueve mucho, y se siente la libertad de vivir en la naturaleza. A la selva se va a sacarle el sabor a la naturaleza.

[8] Conexión desconectada

Una de las claves de la paz es desmovilizar de la guerra a periodistas, empresarios, políticos, académicos, antropólogos, artistas, publicistas... desmovilizarlos de Bogotá y Medellín y sus saberes *expertos* para llevarlos a los territorios donde reina el abandono de Estado pero sobrevive otros modos de pensar, sentir y habitar la vida. Estos territorios de identidad, conocimiento y fiesta solo existen para nosotros “los civilizados” por Satena. Por eso es que ellos se dicen ser “la aerolínea que mejor conoce y sabe de país”. Satena tiene más de 50 años volando para conectar las regiones más lejanas de Colombia. Todo bien. Pero sucede que como es la única aerolínea y como es del Estado y como es para las regiones pobres y de los que poco importan pues funciona como se le da la gana y juega con los destinos de la gente. Solo hay un vuelo a la semana que lleva gente y alimentos y medicinas y chismes. Un solo viaje significa todo. El avión que va a La Chorrera llega cuando a bien quiera y pueda, es un destino incierto. Esto es bueno para mover un poco la conversa diaria y salir de ese ritmo pausado de la vida con que se vive cerca de un río y en mitad de la selva. El plan de ir al aeropuerto una vez a la semana es de todo el pueblo. Un ejemplo, nuestro vuelo debería salir el sábado hacia Leticia. Pero el avión no llegó. Tal vez llegaría el domingo dijeron los vecinos. Pero no, llegó. Terminó llegando el lunes. Eso pasa, y mucho. Ya nadie protesta, la gente cree que así funciona el asunto: cuando se vuela con Satena, no se sabe. Lo peor es que tampoco lo saben en su call center, ni los funcionarios, ni en el aeropuerto. Nadie sabe. Nadie responde. Nadie asume. Relato “salvaje” de país. Así trata el Estado colombianos a los pobres: no les cumple sus destinos. Este es un excelente ejemplo de por qué aunque se haya ganado la guerra de las armas, se sigue perdiendo la de la legitimidad social. La Chorrera está lejos del amor del Estado, pero cerca de la sabiduría ancestral.

[9] En belleza de mujer... Occidental

En la Chorrera (Amazonas) la conexión digital de Mintics no existe (tampoco en Leticia) y las conexiones celular en plan de datos tampoco (lo mismo en Leticia). El país digital es una mentira. El Estado no llega, pero sí el mercado. Directv es más eficiente y mucho mejor que el gobierno colombiano, ya que su antenita de sueños de ciudad está todas partes: en árboles, en casitas, en malokas. Su logotipo es la nueva marca del paisaje. Una que trae historias y relatos de los que se llaman “civilizados” y que solo llegan cuando hay luz (de 11 a 3 pm y de 6 a 10 pm). El relato civilizado cuenta del fútbol, del amor de telenovela y de noticias sobre el cinismo de los políticos, los corruptos del mundo y las barbaries de “la selva de cemento” que llaman Bogotá. Domingo 9 de agosto, Canal RCN, 8 p.m. Nuestra Tele presenta la pasarela *Seducción Leonisa* en Colombiamoda. La promoción intensiva de ese día que RCN esa noche estaba “descubriendo el alma”. La muerte de la metáfora civilizada: no tenemos alma, solo tetas. Quitar el brasier significa ver la teta. Y a eso lo llaman ahora “alma”: esa lejanía cercana. Las imágenes son conocidas, muchas y hermosas chicas con muchas tetas caminan, posan, miran en actitud *porno* o look facebook; su mirada provocadora o sus labios hinchados de sexitudo poco importan, la idea es mirar-gozar-desear los calzones que ahora se llaman pantis y los brasieres sujetadores de tanta carne en explosión.

La brasileña y ex 'ángel' de Victoria's Secret y ex-chica Bond, Isabel Fontana, fue la sensación de la pasarela, dijeron los expertos. Los espectaculares diseños, la impecable actitud de las modelos, el vibrante tono de los colores del escenario y los cuerpos tan impresionantes, confirmaron los expertos, hicieron las delicias de los invitados. El programa de RCN fue séptimo en rating con un pobre 3,2 puntos. Tanta silicona a punta de explotar y ese exceso de sexitud eran vistos entre el asombro y la risa por las mujeres indígenas. Mientras se preguntaban por ese extraño ritual de espiritualidad civilizada.

[10] Conocimiento ancestral de otro territorio

Dice el relato que en las culturas de la cuenca de río Pirá Paraná (que no este del Igará Paraná) confluyen los sitios sagrados que nutren a todos los seres vivientes del mundo. Y que por eso fueron en el 2011 fueron reconocidas por la Unesco como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad. El libro se llama *Hee Yaia Godo – Bakari* y traduce “El territorio de los Jaguares de Yurupari”. Y es un experimento de producción colaborativa nativa de conocimiento. Más de 50 narradores. La autoría es de las etnias Barasana, Eduria, Itana, Bara, Makuna y Tatuyo que habitan en el río Pirá Paraná, al sur del Vaupés, en la Amazonía colombiana. Los relatos cuentan de sus historias, sus rituales y sus conocimientos ancestrales sobre la vida en la tierra. La investigación duró más de diez años y fue hecha por la Fundación Gaia Amazonas. El libro es muy bonito y pesado, tiene 426 páginas coloridas y con un diseño sensible a la sabiduría que cuenta. Se lee sobre rituales y curaciones; se sabe acerca de la maloca, el yagé, la coca y el tabaco; se alucina con el calendario ecológico; se sonríe con las lagunas y los caños de agua; se conmueve con las mujeres indígenas y sus saberes sobre los cultivos, el cuidado de la tierra y las semillas. Nos cuentan su conocimiento para endulzar la tierra; esa ciencia que a través del chamanismo previene las enfermedades para que el territorio se mantenga en equilibrio. Un conocimiento sobre la ciencia de la vida que desde lo ancestral viene a iluminarnos con sabidurías de conexión con la naturaleza y que afirma que el conocimiento genera bienestar.